Con ocasión de un Premio Nacional de Historia: La revisión del siglo XIX español

JOSE MARIA JOVER ZAMORA: Prólogo a *La era isabelina y el sexenio democrático (1834-1874)*, tomo XXXIV de la *Historia de España*, fundada por Ramón Menéndez Pidal. Dirigida por José María Jover Zamora. Madrid. Espasa Calpe. 1981. CLXII págs.

JOSE MARIA JOVER ZAMORA. «La época de la Restauración: panorama político-social, 1875-1902», en *Revolución burguesa, oligarquía y constitucionalismo (1834-1923)*, tomo VIII de la *Historia de España*, dirigida por Manuel Tuñón de Lara. Barcelona. Labor. 1981. Págs. 269-406.

La concesión del Premio Nacional de Historia de España a la más reciente de las obras dirigidas por el profesor Jover Zamora, catedrático de Historia Universal Contemporánea en la Universidad Complutense, no puede sorprender a cuantos conocemos su talla científica y la habitual calidad de los frutos de su labor.

No es, sin embargo, la intención de estas líneas abordar la personalidad ni la obra historiográfica del profesor Jover, sino brindar unas cuantas reflexiones tanto sobre la obra antes aludida, como sobre otra inmediatamente anterior que, no sólo complementa la primera, sino que, tomadas conjuntamente, perfilan una profunda y renovadora interpretación de la mayor parte de nuestro pasado siglo.

Las dos obras a las que nos referimos son publicaciones colectivas dentro de dos empeños editoriales de gran envergadura —el de la editorial Labor está previsto en diez tomos y el de Espasa Calpe lo está en cuarenta, aunque con un número superior de volúmenes— en los que se intenta hacer una puesta al día sobre los avances en la historiografía de nuestro pasado más reciente.

Nos encontramos, por tanto, ante dos grandes empresas de síntesis histórica en torno a un período de nuestro pasado que, aún cuando sea susceptible de recibir una mayor atención por parte de los inves-

tigadores, no deja de ser una época relativamente transitada por un pequeño ejército de estudiosos que, a pesar de la apatía y la falta de eco que muchas investigaciones suelen encontrar en nuestra sociedad, han conseguido enriquecer notablemente el panorama de nuestro siglo XIX. Existe, además un esfuerzo sintético del mismo estilo por parte de la editorial Rialp que, desde comienzos de 1982, viene sacando a la luz los primeros tomos de una historia general de España que está proyectada en más de veinte volúmenes (a cuya aportación a la Historia Contemporánea se alude en otro lugar de esta revista).

Se trabaja, por tanto, en lo que hace referencia a nuestro pasado siglo, sobre una investigación seria que nos ha ofrecido, en los dos últimos años, estudios monográficos muy completos en torno a períodos homogéneos de nuestra historia. Los libros de Carlos Marichal (*La revolución liberal y los primeros partidos políticos en España. 1834-1844*. Madrid. Cátedra. 1980. 344 págs.) y Nelson Durán de la Rúa (*La Unión Liberal y la modernización de la España isabelina. Una convivencia frustrada. 1854-1868*. Madrid. Akal. 1979. 365 págs.) mejoran sensiblemente nuestro conocimiento de los períodos extremos del reinado de Isabel II, aunque el primero sea una simple traducción de la versión original inglesa de 1977, con muy ligeras modificaciones. Por lo demás, ambos complementan la visión que ya teníamos sobre la década moderada, en donde las aportaciones historiográficas tienen una mayor densidad.

Por otra parte, los estudios sobre marcos geográficos regionales han permitido acercar la lente de la observación histórica hacia grupos y fuerzas sociales que no quedaban suficientemente resaltados en las descripciones históricas de marco nacional. María Cruz Mina Apat (*Fueros y revolución liberal en Navarra*. Madrid. Alianza. 1981. 237 págs.) ha podido brindar así una sugestiva imagen del marco en el que se asientan las guerras carlistas, y aún del profundo sentido de éstas como reacción armada al Estado liberal moderno. En la misma línea cabe señalar un renovado interés por la historia de Cataluña, Andalucía, Asturias, Aragón, etc.... hasta el punto de que se nos han llegado a ofrecer panorámicas —quizás algo pretenciosas— de historias contemporáneas regionales. Una visión mucho más detallada y extensa de todo este panorama puede encontrarse en el volumen sobre *Historiografía española contemporánea* (Madrid. Siglo XXI. 1980. 498 págs.) que recoge las comunicaciones presentadas en abril de 1979 al X Coloquio del Centro de Investigaciones Hispánicas, que dirigió Manuel Tuñón de Lara en la Universidad de Pau.

No es extraño que, en ese panorama tan esquemáticamente trazado, las obras de Jover que han dado pie a estas líneas, aparezcan dentro de publicaciones colectivas. El profesor Jover ha sido siempre

un decidido defensor del trabajo en equipo y de la interdisciplinariedad en la aproximación a los fenómenos históricos. De ahí que en el volumen correspondiente a la era isabelina y al sexenio democrático haya conseguido una efectiva combinación de investigadores ya consagrados por muchos años de quehacer, junto con otros colaboradores más cercanos que, por su juventud y por lo que aquí aportan, hacen presagiar los mejores frutos para un futuro no lejano. En cuanto al otro volumen que nos ocupa, del que Jover no es director, su simple participación como colaborador acredita lo que acabamos de señalar sobre la importancia que Jover otorga al trabajo en equipo.

Las limitaciones del espacio disponible obligan, sin embargo, a huir de la presentación sistemática de unos contenidos que, por su diversidad, se habrían de resistir tenazmente a un tratamiento escolar, que resultaría esterilizador. Hay que señalar, de cualquier manera, la importancia crucial que el autor concede —casi como un eje de su exposición— al «talante y la ética de las clases populares». Es la resultante, como advierte el autor, de «una prolongada reflexión sobre el tema».

Estamos, en cualquier caso, ante un argumento esencial en el discurso del autor, que se despliega en los capítulos quinto y sexto del estudio dedicado a los cuarenta años centrales de nuestro pasado siglo. El primero de esos capítulos, muy breve, establece una aguda dicotomía entre «ciudadanos y súbditos», a partir de la frontera de un principio de «seguridad» (legal, económica) que convierte a los segundos en simples «subciudadanos».

La detección de este segundo grupo, lógicamente el más numeroso, lleva al autor a subrayar la pesada carga que sobre estos subciudadanos recae: desde su marginamiento de la práctica constitucional, hasta su utilización en unas empresas bélicas que sólo sirven los intereses de las minorías dirigentes. La reflexión que, al filo de estas consideraciones, hace Jover sobre la aparente contradicción entre el «humanismo» de esas clases populares (generosidad, solidaridad, sentido espontáneo de la moral, respeto al vencido) y la «proclividad cainita», que está en la entraña de nuestras guerras civiles, constituye el pasaje más brillante del prólogo que el autor dedica al período que culmina en 1874, y en donde se pone de manifiesto de forma más clara la sensibilidad ética que es nota común de las producciones del profesor Jover. Sin embargo, la conclusión de que «el cainismo no es fruto espontáneo en el pueblo español» (pág. CXXIV) no nos hace olvidar que los posibles inductores no fueron menos españoles que los inducidos a tan lamentables comportamientos.

En cualquier caso, la contradicción de comportamientos estaba allí y Jover la entresaca de una multitud de fuentes primarias, manejadas con paciencia casi monacal y con un rigor ejemplar para todos

los que nos interesamos por la investigación histórica. Su pluma nos presenta así una imagen llena de vitalidad de la sociedad española de aquellos años, imagen que pone el perfecto contrapunto a los capítulos iniciales —mucho más técnicos y legalistas— en los que se abordan las transformaciones de todo orden (sociales, económicas, constitucionales, administrativas) que tienen su punto de arranque en 1834.

La obra adopta así —al igual que en el estudio dedicado a la Restauración— una disposición interna en la que la descripción de los marcos político-constitucionales y sociales revelan una gran maestría en la captación de los matices. A través de ellos, Jover nos demuestra sus profundos conocimientos de la historia europea contemporánea y la sagacidad con la que sabe insertar la realidad española en el más amplio marco de la historia europea y universal.

También son síntomas del dominio que el autor demuestra sobre esos setenta años estudiados su capacidad para referir cualquier proceso a marcos cronológicos amplios, en los que las persistencias y las continuidades salen indemnes de las limitaciones impuestas por las compartimentaciones de corte pedagógico. Ese dominio le permite subrayar, de forma más que convincente, la homogeneidad del período ocupado por la monarquía isabelina y el sexenio democrático —en donde sitúa la gestación de nuestra España contemporánea—, o señalar que «el sexenio no había alterado sustancialmente los fundamentos tradicionales del poder» («La época...», pág. 279), consideración que le servirá de pórtico para su estudio sobre «los fundamentos sociales, ideológicos y constitucionales» de la Restauración.

Hay, ciertamente, un aspecto de esta brillante capacidad de extrapolación que merece ser comentado de estas apresuradas reflexiones: es el referente al uso del futurible que, no sin titubeos, el autor termina por incorporar a su instrumental interpretativo (Prólogo, pág. LXVII). Es claro que los planteamientos de futuribles enriquecen enormemente las preguntas que el historiador puede hacerse en relación con cualquier fenómeno, pero quien esto suscribe no puede sustraerse al convencimiento —tal vez más intuitivo que razonado— de la dudosa operatividad de un sistema al que se aplica el supuesto de alteración de un elemento manteniendo los demás invariables. El planteamiento, desde luego, es legítimo, pero nada nos permite pensar que si se hubiera producido (o dejado de producir) determinado hecho, todos los fenómenos relacionados habrían seguido produciéndose de la manera que los conocemos por nuestra actual experiencia histórica. El procedimiento puede dar lugar a resultados brillantes pero, por el alto número de supuestos a considerar, podría llevarnos también a un estéril juego de suposiciones.

Por lo demás, las obras de Jover que aquí comentamos permiten al lector saborear algunos de esos privilegiados momentos en los que las páginas de un libro revelan la rara conjunción de una clara mente científica y una acusada sensibilidad literaria, puestas al servicio del esclarecimiento de un pasado que aún opera en no pocos aspectos de nuestro entorno social y político, como el autor se preocupa de advertir. La obra de Jover no es la acumulación adocenada de un caudal de conocimientos que, si no rico, puede ya considerarse satisfactorio en relación con el siglo XIX, sino la recreación de toda una época histórica, que aparece resaltada por su interpretación de los trabajos a los que su estudio sirve de prólogo.

Ponemos punto final a estas líneas con clara conciencia de la imposibilidad de abarcar unos contenidos tan ricos como los aquí ofrecidos por el profesor Jover Zamora. Su argumentación sobre el impacto del nacionalismo en la vida española de la segunda mitad del XIX, la visión articulada que nos ofrece de la política exterior, o las referencias a los ámbitos urbanos en la España de la Restauración, son otras tantas muestras —que no hemos tenido oportunidad de abordar— del rigor y la profundidad con los que han sido acometidos estos trabajos. Unas aportaciones, en suma, que constituyen un hito en el desvaído panorama de nuestra historiografía contemporánea. De ahí la justicia y la oportunidad del premio que se le ha otorgado.

OCTAVIO RUIZ MANJÓN-CABEZA